

Amad. Oh!
Marc. ¡ Dale con tanto gemir!
 Acabe usted de decir
 Que soy esa Laura yo.
Amad. ¡ Ah! Si... Mi... La... (Turbado.)
Marc. Si... Mi... La... (Riéndose.)

¿Me enseña usted el solfeo?
Amad. (Perdido soy. Bien lo veo.)
Marc. (Lástima y risa me da.)
 Vaya; hable usted con franqueza,
 Monosílabo señor.
 ¿Soy yo causa de su amor?
Amad. ¡ Oh desventura! ¡ Oh flaqueza!
Marc. De nada me maravillo;
 Y...
Amad. ¡ Dura fuerza del hado!
Marc. Vaya, hable usted, ó me enfado.
Amad. ¡ Ay Marcela!
Marc. ¡ Ay tabardillo!
Amad. Con que al fin ¿he de romper
 Mi silencio?
Marc. Sí; ya es hora.
Amad. Pues la que mi pecho adora...
Marc. Ya no lo quiero saber.
Amad. ¡ Ah!
 (Se deja caer sobre una silla.)

ESCENA V

DON AMADEO, MARCELA,
 DON MARTÍN

Mart. ¡ Gracias al cielo doy
 Que al fin ya libre me veo!...
Marc. ¿De quién?
Mart. De don Timoteo.
 Bufando de rabia estoy.
Marc. Pues ¿cómo?...
Mart. ¡ Malditos sean
 Sus sinónimos eternos!
 Hay hombres de los infiernos
 Que cuando hablan aporrean.
 No acabara en quince días
 Á no hacerle yo acostar.
 Y vuelta á su palomar;
 Y torna á sus profecías;
 Y retorna al nacimiento...
 ¡ Digo! ¡ Pues tenía traza
 De dejarme meter baza!
 ¡ Oh qué hablador tan sangriento!
 Aquello era por demás.
 Hija, ¡ qué nube! ¡ qué nube!
 Intención mil veces tuve
 De enviarle á Satanás.
 No lo puedo resistir;
 Me desesperan, me endiablan.

Esos que hablan y hablan y hablan
 Sin respirar ni escupir.
 Sirve en mi cuerpo un alférez,
 Que es hablador furibundo,
 Y se llama don Facundo
 Valentín Pérez y Pérez.
 No hay poder hablar con él.
 Sí, sí, ¡ facilito es eso!
 En soltando la sin hueso
 Á ninguno da cuartel.
 Un día se puso á hablar
 Conmigo: yo le quería
 Interrumpir. ¡ Bobería!
 Sintió que iba á estornudar,
 En tan crítico momento
 ¿Qué hace? La boca me tapa,
 El estornudo se escapa,
 Y prosigue con su cuento.
 ¡ Digo! Esto es ser hablador.
 Pues con tanta algarabía,
 Por cartujo pasaría
 Al lado de ese señor.
 En mucha, mucha crueldad.
 ¡ Válgame Dios, qué carcoma!...
 No lo tome usted á broma:
 Eso es una enfermedad.
 Vamos; aun me dan sudores.
 ¡ Qué suplicio! ¡ Qué agonía!
 ¡ Jesús! ¡ Mala pulmonía
 En todos los habladores!
Marc. ¡ Cuenta con la maldición!
Mart. Pues qué, ¿me puede alcanzar?
Marc. No; á usted no, que es para hablar
 La suma moderación.
 Mas ¡ oh prodigo admirable!
 En el próximo aposento
 Á usted le ha dado tormento
 Un hablador perdurable.
 Pues véame usted; yo sudo
 De fatiga y de pesar
 Porque acabo de lidiar
 Con un sempiterno mudo.
Mart. ¡ Mudo! Y ¿quién?...
Amad. ¡ Ábrete, abismo!
Mart. ¡ Calla! ¿No es mi primo aquél? —
 Diga usted, Marcela: ¿es él
 Ese mudo?
Amad. ¡ Ay Dios!
Marc. El mismo.
 Nunca gusté de llorones.
 ¿Dónde hay cosa más molesta
 Que oír solo por respuesta
 Suspiros é interjecciones?
Mart. Però ¿cuál es tu quebranto?
 Amigos somos los dos.
 Habla; di...
Amad. ¡ Pluguiera á Dios

Que no hubiese hablado tanto!
Marc. Amor le saca de tino;
 Mas no sé quién le avasalla.
 Si se lo pregunto, calla;
 Solloza si lo adivino.
 Y por cierto que hace mal,
 Y procede como necio;
 Que de sensible me precio,
 Sino de sentimental.
 Siento los males ajenos:
 Soy su amiga verdadera;
 Y satisfacer debiera
 Mi curiosidad al menos.
 Pero si tanto le halaga
 Dentro del pecho su pena,
 Guárdese en hora buena
 Y buen provecho le haga.
Amad. Yo...
Mart. ¡ Quitá allá, que eso es
 mengua!
 ¡ Nada! Á salir del barranco. —
 Á bien que soy yo más franco:
 No me morderé la lengua.
 Yo no soy nada hablador,
 Que de prudente me paso;
 Pero cuando viene al caso
 Hablo más que un sangrador.
 Precisamente deseo
 Ahora más que nunca hablar:
 ¡ Tal dieta me ha hecho pasar
 El señor don Timoteo! —
 Ya que usted me da licencia. (Á Marcela.)
 Y puesto que el dios vendado
 Al más lego, al más callado
 Da facundia y elocuencia;
 Basta, basta de tormento;
 Salga del pecho mi afán,
 Que estoy hecho un alquitrán,
 Y si no canto reviento.
 No hay que dudar de mi fe
 Porque Dios me hizo soldado,
 Que Aquiles fué enamorado,
 Y Marte mismo lo fué.
 No sirve contra Cupido
 El vestir férrea coraza,
 Que cual si fuera de estraza
 La taladra el fementido.
 Harto he mostrado á mi dama
 Celebrando su belleza
 La intensidad, la fiereza
 De esta pasión que me inflama.
 Ni Amadis, ni Beltenebros,
 Ni cuantos de amor bramaron
 Á sus bellas regalaron
 Tantos, tan dulces requiebros;
 Mas temiendo sus enojos,
 ¡ Admiro mi cobardía!
 No la he dicho todavía:

« Muerto me tienen tus ojos. »
 Mis intenciones son rectas:
 Bien lo puede conocer;
 Pero está visto, es mujer
 Que no entiende de indirectas.
 Yo con mi amor no la ultrajo,
 Porque al fin soy caballero.
 Pues pecho al agua. ¿Qué espero?
 Echemos por el atajo.
Marc. (¡ Oh qué exordio impertinente!)
Mart. ¡ Qué dice usted?
Marc. Nada digo.
 Prosiga usted.
Amad. ¡ Ah!
Mart. Prosigo,
 Que ya he soltado el torrente.
 Hay mujeres, cuyo oficio
 Es barrenar corazones
 Y con dulces ilusiones
 Sacar á un hombre de quicio.
 Mujeres que á su pesar
 Son imán de los placeres;
 Y, en fin, señora, mujeres
 Que es forzoso idolatrar.
 Graciosas, discretas, bellas
 Y apacibles como el cielo,
 ¿Cuál es el hombre de hielo
 Que no suspira por ellas?
 Una entre todas domina,
 Como suele en los collados
 Entre tomillos menguados
 Descollar gigante encina.
 Por ella estoy con el Credo
 En la boca... ¡ Oh! y no, no es chanza;
 Si no cumple mi esperanza
 Dará conmigo en Toledo.
 Si el hombre más insensible
 La adora mal de su grado,
 ¿Qué haré yo, desventurado?
 ¡ Yo, que soy tan combustible!
 Pues ese dulce martirio;
 Esa deidad de la tierra,
 Que me mueve tanta guerra,
 Que me infunde tal delirio;
 Ese apetecido bien;
 Esa suspirada aurora;
 Ese prodigio...

ESCENA VI

DON MARTÍN, MARCELA,
 DON AMADEO, JULIANA

Jul. ¡ Señora! (Llega corriendo.)
Mart. (¡ Maldita seas amén!)
Jul. Venga usted, que hay novedad.
 ¡ Yo estoy loca!

Marc. ¿Qué ha ocurrido?
Jul. Que Clitemnestra ha parido
 Con toda felicidad.
Mart. ¡Clitemnestra!
Jul. ¡Pobrecita!
Marc. ¡Oh qué gozo! ¿Y cuantos?
Jul. Tres.
Mart. ¿Se puede saber quién es?...
Jul. ¿Quién ha de ser? La gatita. —
 Venga usted: el uno es negro;
 Otro tiene un collarín...
Marc. Perdone usted, don Martín. —
 Vamos, vamos. (Se van corriendo.)

ESCENA VII

DON AMADEO, DON MARTÍN

Mart. ¡Pues me alegro!
 ¡Oh mujer aleve, ingrata!
 ¡Con la palabra en la boca
 Me deja como una loca
 Porque ha parido la gata!
Amad. ¡Oh cielo!
Mart. ¡Tratarme así!
 ¡Si lo veo, y no lo creo! —
 ¡Qué dices de esto, Amadeo?
 Responde.
Amad. ¡Triste de mí!
Mart. ¡Quedamos lindas figuras
 Para adornar un retablo!
Amad. ¡Ay!
Mart. Jeremías del diablo,
 Ya la paciencia me apuras.
 ¿De qué te quejas, maldito?
Amad. De mi desdicha.
Mart. Si es tanta.
 ¡Mala angina en tu garganta!...
 Pon en las nubes el grito;
 Desahoga el corazón;
 Truena, y no con esa calma
 Te estés repudiando el alma,
 Amoroso moscardón.
 En el café mucho hablar:
 Vaya, ¿quién te pone tasa?
 Y en entrando en esta casa
 Sólo sabes suspirar.
 Levanta. (Le hace levantar.)
 Deja de hacer
 En ese rincón el buho,
 Y reneguemos á dúo
 De esa funesta mujer.
 Toma parte en mi rabieta,
 Y pues tanto me ultrajó,
 Llámala tú como yo
 Frívola, falsa, veleta.
 Por mucho que tú te asombres

De su garbo sin segundo,
 Di que Dios la ha echado al mundo
 Para acabar con los hombres.
 Di conmigo, pues me mata:
 • Mujer inicua y sin fe,
 ¡Permita Dios que te dé
 Veinte arañazos la gata!
Amad. No le haré yo tal agravio;
 No tomaré tal venganza.
 Sólo para su alabanza
 Osaré mover el labio.
 Mientras con saña importuna
 Te quejas de su desvío,
 Yo la pondré, primo mío,
 En los cuernos de la luna.
 Diré que eclipsa la gloria
 De Cleopatra, de Lucrecia,
 Y de aquella que en la Grecia
 Dejó perpetua memoria.
 Diré que es cual otro Edén
 Aquel rostro afable, hermoso.
 Diré que es grato y sabroso
 Hasta su mismo desdén.
 Con tierna solicitud,
 Si tanto puede mi acento,
 Encomiaré su talento,
 Ensalzaré su virtud.
 Diré que es dulce, sencilla,
 Cuerda, apacible, donosa;
 Y diré en verso y en prosa
 Que es la octava maravilla.
Mart. ¡Qué fuego! ¡Qué ponderar!
 Estoy de oírte pasmado.
 Ó la viuda te he flechado,
 Ó yo no sé qué pensar.
Amad. ¡Ah! Sí; mi pecho la adora,
 Y en él su imagen grabada...
Mart. ¡Mire usted con que embajada
 Me sale el primito ahora!
 Yo bien decía entre mí:
 Éste pisó mala yerba;
 Pero es tanta tu reserva...
 Nunca obsequiarla te vi...
 Yo atendía á mi negocio,
 Y con que mi afán no advertía...
 Pues escucha: juraría
 Que tenemos otro socio.
Amad. ¡Otro! ¿Y quién?
Mart. Don Agapito.
Amad. Sí; pero en vano porfia.
Mart. Querer á ese hombre sería
 Imperdonable delito;
 Bien lo conozco. No obstante,
 Como amor todo es chipiras...
Amad. ¡Qué! ¡Si da dolor de tripas
 Sólo el mirar su semblante!
 Menospreciarle debemos,
 Porque á un bicho tan cuitado

Le honraría demasiado...
Mart. Calla que aquí le tenemos.

ESCENA VIII

DON MARTÍN, DON AMADEO,
DON AGAPITO

Agap. Todo Madrid he corrido
 (Con un cucurucho de dulces.)

Por traer de los mejores,
 Hasta que al fin... ¡Oh, señores! —
 ¿Y Marcela? ¿Dónde ha ido?
 (Don Martín y don Amadeo rodean á don
 Agapito, y le hablan con mucho mis-
 terio.)
Mart. Á una solemne función.
Agap. ¿Á estas horas? No sospecho...
Amad. Está postrada en su lecho...
 La viuda de Agamenón.
Agap. ¡Eh, señores! Esa chanza...
Mart. No es ilusión.
Amad. ¡Oh maldad!
 ¡Oh perfidia!
Mart. ¡Oh liviandad
 Que está clamando venganza!
Agap. Vaya; basta de tramoya,
 Que es para aspar á cualquiera...
Mart. ¡Oh Atrida! ¡Más te valiera
 Haber fenecido en Troya!
Agap. ¡Pues digo que es buen humor!...
Amad. ¡Ay, señor don Agapito,
 Tres de una vez! ¡Oh delito!
Mart. ¡Y el uno es negro! ¡Qué hor-
 ror!

Agap. Véame yo confundido
 Si entiendo un solo vocablo.
Amad. ¡Silencio!
Agap. Pero ¿qué diablo...?
Mart. ¡Chist!... Clitemnestra ha parido.
Agap. ¿Clitemnestra? Por mi abuela...
Mart. ¿Quiere usted que lo repita?
Agap. ¡Ah Ya entiendo. La gatita,
 (Dando palmadas.)

La gatita de Marcela.
 ¡Por vida...! Me alegro mucho.
 Voy corriendo; voy á ver...
 Señores... (Despidiéndose.)
Mart. ¿Puedo saber
 Qué encierra ese cucurucho?
Agap. Son bombones, capuchinas,
 Almendras garapiñadas,
 Yemas acarameladas,
 Y pastillas superfinas,
 ¿Gusta usted, don Amadeo?
 ¿Y usted...?

Mart. La ventura alabo.
 De don Agapito. ¡Bravo!
 Ya hay dulces para el bateo.
 Corra usted...
Amad. Corra usted; sí.
 Mi enhorabuena le doy.
Mart. Cuidarla mucho.
Agap. Voy, voy. —
 El negrito para mí.

ESCENA IX

DON MARTÍN, DON AMADEO

Mart. ¿Has visto, primo, en tu vida
 Más ridículo animal?
Amad. Ya se iba amoscando un poco.
Mart. ¡Oh! Y si él se enoja es capaz...
 De caerse muerto. — Pero
 Dejémosle acariciar
 Á su Clitemnestra, y vamos
 Á otra cosa más formal.
 Con que ¿amas á la viudita?
Amad. ¿Y quién, oh primo, verá
 Tantas gracias en su rostro,
 Quién su talle celestial
 Sin sentir dentro del pecho
 Un amoroso volcán?
Mart. Á mí también me ha gustado
 Más de lo que es regular;
 Y por cierto que no esperaba,
 Que fueses tú mi rival.
 Yo creí que satisfecho
 Con merecer su amistad,
 No aspirabas á la dulce
 Coyunda matrimonial.
Amad. Tampoco yo imaginaba
 Que fueses tú su galán.
Mart. Poeta y amar de veras;
 ¡Es cosa particular!
Amad. ¿Y qué diremos de ti,
 Andalúz, y capitán?
Mart. Como que iba yo á pedirte
 Me hicieras un madrigal
 Para pintar á Marcela
 Mi dulce cautividad.
Amad. Yo me iba á valer de ti
 Para decirle mi afán.
Mart. Pues querernos á los dos
 No es posible.
Amad. Claro está.
Mart. Dejarla es duro; matarnos...
 Sería una necedad. —
 ¿Qué haremos?
Amad. Querido primo,
 Ya sabes tú cuán fatal
 Soy en amores. La adoro.

Sólo la tumba podrá
De mi triste corazón
La activa llama apagar;
Mas, sea que no merezco
Tan peregrina beidad,
Sea que con tantos ayes
La he llegado á fastidiar;
Bien conozco que Marcela
No será mía jamás.

Tú sabes mejor que yo
La ciencia de enamorar.
Yo soy tímido en extremo;
Tú eres en extremo audaz :
Á mí no me da esperanzas;
Acaso á ti te las da. —
Yo te cedo su conquista :
Sí, Martín; y de este umbral
Apartado para siempre,
Triste, desvalido, ¡ ay !
Lloraré mi desventura
En amarga soledad.

Mart. ¡ Ah, ah !... Déjame reir.

Amad. Con que estoy para expirar,
¿ Y te ries ?

Mart. No hay cuidado :
Pronto te consolarás,
Que amores inconsolables
No son fruta de esta edad.

Amad. ¡ Cómo ! ¿ Tú dudas, Martín,
Que mi amor... ?

Mart. No dudo tal;
Pero hablemos con franqueza,
Pues nos conocemos ya.
Hoy por Marcela suspiras;
Mañana suspirarás
Por otra.

Amad. Yo soy sensible :
Yo no vivo sin amar.

Mart. Pues por eso mismo es fácil
Que rinda tu voluntad
Otra Filis, ú otra Laura,
Amartelado zagal. —
Tres damas te he conocido
Desde el día de San Juan.
La cuarta es Marcela. — Vamos,
Dime ahora la verdad :
¿ No te atreves con la quinta ?
¿ No hay en tu pecho lugar
Para hospedarla ? ¡ Qué diablos !
Aunque sea en el zaguán.

Amad. Aun me harás reir, Martín;
Y eso es una iniquidad.

Mart. Yo también amo á Marcela;
Pero amo á lo militar :
Reservándome algún tanto
De juicio y de libertad,
Por si hay que volver la grupa
Hacia el cuartel general.

Cuando la veo me inflamo,
Pierdo la chaveta, y más
Si me esgrime aquellos ojos
Que tanta guerra me dan.
Confieso que si lograra
Su mano, fuera el mortal
Más dichoso; pero, amigo,
No me dejaré enterrar
Como amante de novela
Si calabazas me da.

Amad. Pero en suma, ¿ qué partido
Tomaremos ?

Mart. Declarar
Formalmente nuestro amor
Á la viuda, y cada cual
Ver cómo puede rendirla.
No es mucha temeridad,
Que ella nos anima á todos
Con su carácter jovial.

Manos á la obra, Amadeo.
¡ Al grano ! Que lo demás
Es perder tiempo. Al que venza
Su fortuna le valdrá,
Y el que quedare vencido
Ceda el campo á su rival.

Amad. Pues lo quieres, me conformo.
Mart. Entretanto dame acá.

Esos cinco. Siempre amigos.

Amad. Siempre amigos. — Y del tal
Don Agapito ¿ qué hacemos ?

Mart. Declararle sin piedad
La guerra; mortificarle;
Perseguirle y no parar
Hasta echarle de esta casa;
Que aunque él es moro de paz,
Y no puede desbancarnos
Semejante orangután,
Sin embargo, será útil...

Amad. ¿ Para qué ?
Mart. Para estorbar. —
Sígueme; vamos á casa,
Y dispondremos el plan
De ataque. (Mucho me engaño,
Ó la hago capitular.)

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

DON TIMETEO, MARCELA

Tim. Pues hemos quedado solos,
Ven; sentémonos aquí,
Sobrinita.

Marc. Está muy bien. (Se sientan.)
¿ Qué me quiere usted decir ?

Tim. Muerto, ó difunto, tres años
Hará el día de San Luis,
Tu marido, tu consorte,
Tu esposo don Valentín,
Eres viuda, pero viuda
Todavía en el abril;
Quiero decir, en la flor
De tus años. ¿ No es así ?

Marc. Cierto. (¿ Adónde irá á parar ?)
Tim. Aunque en edad juvenil,

Por tu estado, tu talento,
Tu independencia, y, en fin,
Porque te dan tus haciendas
Una renta de dos mil
Y quinientos pesos fuertes,
Que hoy día es un Potosí,
Eres hábil, apta, idónea,
Según el fuero civil;
Digamos, según las leyes
Y costumbres del país,
Para hacer lo que te agrada
De tu persona gentil.

Marc. Pero...
Tim. Sentado y supuesto
Que tienes maravedís;
Esto es, dinero, caudal
Para poder subsistir...
Digamos...

Marc. Al grano, tío.
Tim. Aunque no es tampoco ruín,
Ó, si se quiere, mezquina,
Cicatera, baladí

Mi fortuna, pues poseo,
Gozo y disfruto en Madrid
Seis mil ducados anuales,
Que no es un grano de anís;
No te hago ninguna falta;
No necesitas de mí.
Pero apenas cinco lustros
Acabas tú de cumplir.
Ó sean veinte y cinco años;
Y supuesto que en monjil
No se han de trocar tus galas

Y, si no quieres mentir,
Una voz dentro del pecho
Á nueva amorosa lid
Te está brindando; Marcela,
Sobrina, por San Dionis,
Al yugo del himeneo
Vuelve á humillar tu cerviz.
Cásate, y antes que muera,
Antes que llegue al confín,
Al término de mi vida,
Que ya la tengo en un tris,
Véame yo en tres hijuelos
Renacer, reproducir,
Ya no que pueda en los míos
Por culpa de mi Beatriz,
Que en gloira descansa, aunque ella
Me echaba la culpa á mí.

Marc. Aun no soy tan vieja, tío,
Que me tenga sin dormir
El ansia de pronunciar
En los altares un sí.
Doy por sentado que el hombre,
Lo mismo aquí que en París,
Es de la mujer apoyo,
Como el olmo de la vid;
Pero aunque tanta viudez
Ya me empezase á aburrir,
Porque insensible no soy
Cual figura de tapiz,
Eso de casarse, tío,
No se hace así como así.
¿ He de pregonar mi mano
Á son de caja y clarín ?

Tim. No digo tal. ¡ Dios me libre
De pensamiento tan vil,
Porque vale más tu mano
Que el imperio marroquí !
Quédese para las feas
El descaro y el ardid;
Ó sea... ¡ Cuántos habrá
Que suspiren entre sí;
Quiero decir, en silencio,
Por enlazar, por unir
Su destino con el tuyo !
Ahí tienes á don Martín,
Al capitán, que delira,
Bebe los vientos por ti.

Marc. ¿ De veras ?
Tim. Sí; me lo dijo
Sobre mesa, y no en latín,
Porque, como al fin criado
En la orilla del Genil,
Tiene un desparpajo... Y vaya,
Que no es cosa de escupir,
De menospreciar... Treinta años;
Hombre fuerte, varonil;
Capitán de artillería;
Con haciendas en Coin,

Y en Loja y en Antequera;
Noble como el mismo Cid,
Franco, alegre... Para esposo,
Vamos, no hay más que pedir. —
¡Ah, picaruela! ¿Te ríes?
El se ha valido de mí...

Marc. Pero...

Tim. Entiendo. Tu modestia,
Tu rubor... ¡Oh, qué sutil,
Qué sagaz soy yo, qué fino
Para esto de descubrir,
Adivinar, sorprender
Un secreto femenino!
Esto es hecho. Ahora á tus solas...
Adiós. Me voy al jardín.
Echaré pan á los peces,
Y subiré perejil
Para mañana. ¡Qué boda!
¡Qué brillante porvenir!
Serás muy afortunada,
Muy dichosa, muy feliz.

ESCENA II

MARCELA

¡Pues! Porque ve que me río
Ya se va tan satisfecho;
Ya presume que mi pecho...
¡Qué original es mi tío!
Sensible soy como todas;
No me pienso emparedar,
Pero me pongo á temblar
Con solo hablarme de bodas.
Me hallo bien con mi reposo,
Con mi dulce libertad,
Y temo hallar en verdad
Un tirano en un esposo.
Mas si al fin como mujer
Me es forzoso sucumbir,
Ya que yo le he de sufrir,
Yo me lo quiero escoger.

ESCENA III

MARCELA, JULIANA

Jul. ¡ Buenas nuevas! El criado
De don Agapito ahora
Me acaba de dar, señora,
Este billete cerrado.

Marc. ¿Y á quién dirige esa esquila
El señor don Agapito?

Jul. Lea usted el sobrescrito.

Marc. « Para la hermosa Marcela.
(Toma el billete, y lee el sobre).

Extraño, por vida mía,
Que un papel quiera enviarme
Un hombre que puede hablarme
Á cualquier hora del día.

Jul. Faltándole atrevimiento
Para hablar, la cosa es clara,
En ese papel declara
Su amoroso pensamiento;
Pues, por mucho que presuma
De la victoria, es constante
Que maneja todo amante
Mejor que el labio la pluma.
Sí; carta es de amor.

Marc. Lo creo,
Porque me dijo no ha mucho...

Jul. Ya con impaciencia escucho.
Abra usted pues.

Marc. Abro y leo.

« Adorable y adorada Marcelita, unidos
nuestros corazones por los ocultos resortes
de mágica armonía, como los sonos del
trombón se acuerdan con los ecos del violín
cuando marcan los compases de una con-
tradanza con melodiosa cadencia... »

¡ Buen principio! Esto promete.
Me pasma tanta elocuencia.

Jul. Con melodiosa cadencia...
Vale un mundo ese billete.

Marc. « Días ha que nuestros ojos son
los únicos intérpretes de nuestra recíproca
ternura; pero ha tomado tal incremento la
mía que ya no la puedo contener en los
límites de mi silencio, aunque expresivo y
elocuente. Un poeta misántropo y calentu-
riente, un militar atolondrado y hablador
la bloquean á usted y, envidiosos de mi
ventura, parece que se empeñan en secues-
trar mis amores. Declaro, pues, por escrito,
desesperado de poderlo hacer de palabra,
que mi gusto por la danza, mi pasión por
la moda, mi fanatismo por las sedentarias
é inocentes labores del bello sexo, á que
usted pertenece y con el cual aspiro á
identificarme, y últimamente mi afición á
las pastillas de coco y á los merengues, no
embelesan tanto mis sentidos como una
sola mirada de la interesante Marcela. Arda,
pues, para nosotros la antorcha de Himeneo
y envidien todos los elegantes de Madrid
al derretido y amartelado

AGAPITO CABRIOLA Y BIZCOCHEA.»

Jul. ¡ Oh qué melífero papel!

Marc. Su lectura causa tedio.

ESCENA V

MARCELA, JULIANA

Marc. ¿Qué hay?

Jul. De recibir acabo
Dos cartas más. ¡ Qué fortuna!
Don Martín manda la una,
La otra el poeta. ¡ Bravo!
También esperan respuesta
Los criados de los dos.

Marc. Dame, dame, Santo Dios,
¿Qué conspiración es ésta?

Jul. ¡ Bueno! ¿Qué hace usted con tres
Declaraciones ahora?

Marc. Leamos: « Á mi señora
Doña Marcela Cortés. »

Jul. (La veo en terrible aprieto.
¿Quién se llevará la torta?)

Marc. Esta á lo menos es corta.

« Á Marcelita, soneto.

Si digno fuera de tu ansiada mano
Quien más rendido tu belleza adora,
Pronto luciera la benigna aurora
Término á tu desdén, que lloro en vano.

Mas ¡ ay! jamás logró poder humano
Dar leyes al amor; jamás, señora,
Que, á poderlas dictar, mi pecho ahora
Se holgara de romper su yugo insano.

No con dulce esperar me lisonjeo:
Sólo te pido en premio á mi ternura
El fatal desengaño que preveo,

Bien como en cárcel hórrida y oscura
Solía un tiempo el inocente reo
La muerte preferir á la tortura.

AMADEO TRISTÁN DEL VALLE.»

Jul. Á ese no habrá quien le tilde
De vano y de presumido.

¡ Qué modesto, qué rendido,
Qué respetuoso, qué humilde!

Marc. Si es cierto amor tan extraño,
Yo estoy muy comprometida,
Porque va á perder la vida
Si le doy un desengaño.

Jul. Pero es tan bello sujeto,
¡ Tan amable!... Bien merece...
(Buena señal, que enmudece.)

Marc. Mucho me agrada el soneto.

Jul. Por fuerza ha de ser muy fiel
Quien tales sonetos fragua.

¡ Eh, señora! Pecho al agua.
Decídase usted por él.

Marc. No es imposible que sienta

¡ Qué novio para un remedio!

Jul. Pues calabazas en él.

Marc. Me enfanda su presunción
Y su descaro inaudito.

¿Cuándo el tal don Agapito
Conquistó mi corazón?

Si á mi despecho tal vez
Sus visitas he sufrido,
Porque mi paciencia ha sido
Mayor que su esputudez;
Si su necia petulancia
Me ha dictado con razón
Algún elogio burlón
Que ha convertido en sustancia;

Sí, como hago con cualquiera
Por no poderlo evitar,
Mi mano le suelo dar

Al subir una escalera;
Si sufro, por no hacer dengues
Sobre lo que nada vale,
Que alguna vez me regale
Caramelos y merengues;

No le autorizo por esto
Á tan extraña osadía;
Ni mi amor jamás pondría
En hombre tan indigesto.

Jul. ¡ Uf! Me da dolor de muelas:
De mirarle me empalago.

Déle usted carta de pago
Y vaya á las covachuelas (1).

Marc. No pasará de esta noche,
Puesto que á tanto se atreve.

Ya que el demonio me lleve.
Quiero que me lleve en coche.

Jul. ¿Y qué le digo al criado
Que espera contestación?

Marc. Le dirás que á la oración...
(Suena una campanilla.)

Anda á ver quien ha llamado.

ESCENA IV

MARCELA

¡ Posible es que así se engría
Con mi pretendido amor!

¿Yo su esposa? Antes ¡ qué horror!
La mano me cortaría.

Yo le haré con mis desprecios...
Señor, ¡ que no ha de poder

Ser amada una mujer
Sin que la persigan necios!

(1) Tenduchos subterráneos donde principalmente se vendían juguetes para niños. Existían bajo las gradas de San Felipe el Real y desaparecieron cuando este monasterio fué demolido.

Lo que me dice.

Jul. Pues ya.

Marc. Pero el soneto quizá
Se ha escrito para cuarenta.

Jul. Con tal marido yo espero...

Marc. Después de la bendición
Suele volverse león
El más tímido cordero.

Jul. Mi corazón se conmueve,
Y á ser la cosa conmigo...

Marc. Confieso que es el amigo
Que más aprecio me debe;
Mas casarme...

Jul. ¡Voto á san...!
Si no nos aventuramos,
Señora mía...

Marc. Leamos
(Después de un momento de reflexión.)
La carta del capitán.

« Amable Marcelita : esta tarde me hubiera declarado verbalmente á no habérmelo impedido el parto de *Climnestra*. Me dejó usted plantado por una gata... »

Aunque nada hay malo en esto,
Nunca tan frívola fué.
Para escaparme de aquí
Me valí de aquel pretexto;
Porque estaba ya en un potro,
Y no podía sufrir
Al uno por su gemir,
Y por su charlar al otro.

« Pero yo no lo atribuyo á desprecio, sino á un capricho, á una chanza, ó tal vez al designio de hacerme ver que ciertas materias se deben tratar sin testigos. — Ya es tiempo de explicarme.

« Treinta años hace que soy soltero; y no es para hombres de mi temple el ser toda la vida de Dios una misma cosa. Unos me pintan el matrimonio como el más espantoso cautiverio; otros dicen que es un manantial de dichas y de placeres. Cada uno cuenta de la feria como le va en ella. Yo quiero salir de dudas, porque siempre he sido curioso, y porque empiezo á cansarme de andar, como suelen decir, á salto de mata. Los mandamientos de la ley de Dios me prohíben hostilizar la mujer del prójimo. Dicen que todo lo puede el dinero : mentira. Yo tengo tres mil duros de renta, y nunca he podido comprar los verdaderos placeres, que otros más afortunados disfrutan *gratis*. — Me canso de lidiar con patronas y lavanderas. — Por otra parte, cuando yo nací mi padre fué lo que yo no

he sido todavía; y un hombre como yo no ha de ser menos que su padre. Por estas y otras razones he resuelto casarme; y habiendo de elegir una esposa, ¿quién mejor que, usted viudita mía? Talento, gracia, hermosura... ¡Cuántos presagios de ventura matrimonial! — Aunque creo que no me mira usted con repugnancia, ignoro todavía el lugar que ocupó en ese corazón; pero me parece que no haría usted ningún disparate en casarse conmigo, porque, sin vanidad, me atrevo á ser tan buen consorte como el primero.

« Ya ve usted que esto es hablar al alma. He dicho. Responda usted ahora con la misma franqueza á su resuelto pretendiente Q. S. P. B.

MARTÍN CAMPANA Y CENTELLAS.

¡ Epístola singular!
¿Has visto un novio más brusco?

Jul. Por cierto que el hombre es chusco.

¡ Qué modo de enamorar!

Marc. Alabo su buen humor

Y su carta me da gozo,

Que al fin es soberbio mozo...

Jul. Y muy soberbio hablador.

Marc. Mas con gracia.

Jul. No ha de ser

Por mi voto el preferido.

¡ Dios me libre de un marido

Que hable más que su mujer!

Marc. Con que ¿no te agrada?

Jul. No.

Yo le haría mi desdenes.

Marc. Juliana, mal gusto tienes.

¿Y si le escogiera yo?

Jul. Preciso es que la chaveta

Perdiera usted, ama mía.

Á quién yo profería

Es al poeta.

Marc. El poeta...

Si...

Jul. Yo hablo sin interés.

Ello, usted se ha de casar.

Marc. ¡No me dejan respirar!

Jul. Vamos, ¿á cual de los tres?...

Marc. Poco á poco. ¿Es puñalada

De pícaro? Loca estoy.

¡ Tres á un tiempo! Se lo doy,

Juliana, á la más pintada.

Jul. Pero ¿qué contestación

Á los criados daré?

Marc. Que aquí vuelvan les diré

Sus amos á la oración.

Jul. Pues qué, ¿va usted á salir?

Marc. Voy á hacer una visita.

Ahí arriba á doña Rita.

Jul. ¿No me quiere usted decir?...

Marc. Muy pronto, te lo prometo,
Todos mi elección sabrán.

(¡ Qué franco es el capitán! —

¡ Qué letrilla, y qué soneto!)

(Se retira pensativa.)

ESCENA VI

JULIANA

¡ Mal haya tanto misterio!

Ahora iría con el chisme

Á Gertrudis, si supiera...

¡ Desgraciadas las que sirven

Á estos señores que quieren

Que todo se lo adivinen! —

Vamos, no dirá el poeta

Que Juliana es insensible

Á su regalo. — Y presumo

Que le viuda le distingue. —

Por otra parte, yo temo

Que la balanza se incline

Á don Martín. — Esta duda

Tanto me aburre y me aflige,

Como si fuera yo alguno

De los tres novios insignes. —

Con esto, y con que después

Se la lleve el alfeñique

De don Agapito... ¡ Oh! No.

¡ Qué locura! No es posible. —

¿Quién se acerca? — Él es.

ESCENA VII

JULIANA, DON AGAPITO

Agap. Juliana,

Muy buenas tardes.

Jul. Felices.

Agap. Yo sé que tu ama ha leído

Mi billete. Dime, dime...

Jul. Le cita á usted...

Agap. Ya lo sé.

¡ Si me lo ha dicho Felipe!

Pero yo estoy impaciente,

Y es preciso que averigüe...

Jul. También ha citado...

Agap. ¿Á quién?

Jul. Al poeta.

Agap. ¿Qué me dices?

¿Se ha declarado por fin?

Jul. Sí, señor.

Agap. ¡ Mire usted!

Jul. Item.

Comparecerá también

Á su tribunal temible

El capitán don Martín,

Á fin de que se administre

Recta justicia á los tres.

Agap. ¡ Bien! Comparecencia triple.

¿Es concurso de acreedores? —

Con tal que á mí me adjudiquen

La hipoteca... ¡ Oh! ¿Quién lo duda?

Me alegro de que nos cite

Á un tiempo á los tres. Mi triunfo

Así será más plausible,

Más solemne, y mis rivales...

¡ Cuánto voy á divertirme! —

Di : ¿Cómo, cómo leyó

Mi carta? Con apacible

Sonrisa, con cierta... Aguarda :

¿Te gustan los diabolines?

Aun tengo...

Jul. No soy golosa.

Agap. ¿Qué le ha parecido el simil...?

Jul. No entiendo.

Agap. La consonancia

De trombones y violines

Comparada á nuestro amor.

Mi pensamiento es sublime.

¿Lo celebró? (Va *obscureciendo*.)

Jul. Sí por cierto;

Soltando el trapo á reirse

Como yo.

Agap. Pues, de alegría.

Y dime : ¿tú no advertiste

Palpitación en su pecho,

Y así..., un rubor...?

Jul. (¡ Oh, qué chinche!)

Excuse usted las preguntas,

Porque yo no he de decirle

Ni una palabra.

Agap. Está visto :

Sin duda se me apercibe

Alguna dulce sorpresa.

¡ Eh! Pero yo soy muy lince.

Jul. Al más lince se le pegan.

Agap. ¡ Oh! Lo que es á mí es difícil. —

Hablemos claros : yo sé

Que Marcela se desvive

Por mí, y esos mentacetos

En vano, en vano compiten

Conmigo.

Jul. Tengo que hacer;

Y si usted me lo permite...

Agap. Anda con Dios. — ¡ Ah! te ofrezco

Para cuando se realice

Mi casamiento...

Jul. ¿Un vestido?

Agap. Una libra de confites.

Jul. Mil gracias por la fineza.

(Mala vibora te pique.)

ESCENA VIII

DON AGAPITO

¡Bravo! La victoria es mía.
Esta noche se despiden
Mis rivales y, no bien
Me dejen el campo libre
Trataremos de la boda.
Á medio día convite
Gastronómico; á la noche
Gran concierto, baile... Envidien
Mi fortuna los que tanto
Con sus bromas me persiguen;
Los que me llaman enclenque
Y fatuo y... Yo sé el *busilis*
Mejor que nadie; y mujer
Que á mis gracias no se rinde
Bien puede decir... ¡Qué veo!
Allí vienen el belitre
De don Martín y su primo
Don Amadeo. ¡Infelices!

ESCENA IX

DON AGAPITO, DON MARTÍN,
DON AMADEO

Mart. No puede tardar. Aquí
La aguardaremos.
Amad. ¡Terrible
Momento!
Mart. Don Agapito. (*En voz baja.*)
Hagamos lo que te dije.
¡Duro en él! Yo por un lado;
Tú por otro.
(*Se acerca á don Agapito y le da una fuerte
palmada en el hombro.*)
Don Melindre,
Buenas noches.
Agap. Poco á poco.
No quiero que me acaricien
De ese modo.
Amad. Buenas noches.
(*Por el lado opuesto haciendo lo mismo.*)
¿Á cómo van los anises?
Agap. ¡Eh, que mis hombros no son
De piedra!
Mart. No; son de mimbre;
Yo lo sé; pero mi afecto...
Agap. Bueno está que usted me estime;
Pero...
Amad. ¡Cuidado, que soplan
Unos vientos muy sutiles,
Y usted no está para fiestas!
Le aconsejo que se cuide.

Agap. Pero, señores, ¿qué diablos...?
Quiero que ustedes descifren...
Marc. Guárdese usted del sereno.
Agap. Pero aunque yo me constipe,
¿Qué le importa á nadie?
Mart. Vamos;
El que de esto no se ríe
No tiene gusto.
Agap. ¡Señores!...
Mart. Oye para que te admires.
Ese apéndice...
Agap. ¡Qué frases!
No; pues como yo me irrite...
Mart. Quiere casarse.
Amad. ¿De veras?
No haga usted caso. Son chistes
De mi primo. ¡Usted casarse!
Agap. Sí, señor. ¡Y quién lo impide!
Mart. Y con Marcela. ¡Ahí es nada!
Agap. ¡Bueno es que ustedes me priven...
Mart. Hombre, no sea usted fatuo.
Amad. Hombre, no sea usted simple.
Mart. ¿Dónde se ha metido usted?
Amad. Mejor es que se retire
Con sus honores...
Agap. ¡Por vida...!
Desde que tengo narices
No me he visto...
Mart. ¿Quiere usted
Con esa traza de tiple
Enamorar á Marcela?
Si fuera entonar un *kyrie*...
Agap. ¡Oiga usted...!
Amad. ¡Marido un *quidam*
Que padece de raquitis!
Mart. Si usted se casa..., perdone
Que su fin le pronostique;
No vive usted veinte días.
Amad. ¿Qué veinte días? Ni quince.
Agap. ¿Quiere ustedes dejarme?
Mart. ¡Vaya una figura triste!
Agap. Pero ¿hay valor para esto?
Amad. ¡Vaya una cara de tisis,
Que da gozo!
Agap. ¡Voto á bríos!
Amad. ¡Lindo mueble!
Mart. ¡Lindo dije!
Agap. ¡Me ahorcará!
Amad. ¡Vaya un apunte!
Mart. ¡Vaya un ente inverosímil!
Agap. Señores, basta de broma.
Mart. ¿Eh? ¿Quiere usted que me ex-
plique]
De otro modo?
Amad. Mejor es.
Dejémonos de perfiles.
Renuncie usted á la mano
De Marcela.

Agap. Es imposible.
Mart. Deje usted de visitarla.
No es justo que nos fastidie...
Amad. Que nos estorbe...
Agap. Esas cosas
De ningún hombre se exigen;
Y primero...
Mart. ¿Con que usted
Gallea?
Amad. ¿Usted se resiste?
Mart. Pues véngase usted conmigo.
(*Tirándole de un brazo.*)
Amad. Pues veremos si usted riñe
(*Tirándole del otro.*)
Como habla. Sígame usted.
Agap. Señores, no me desquicien.
Mart. Déjale. Vamos al campo.
Amad. Es inútil que porfies.
Antes lidiará conmigo.
Agap. Pero entre Escila y Caribdis
¿Qué hago yo?
Mart. Suéltale.
Amad. Aparta.
Agap. ¡Por piedad, no me asesinen
Ustedes!
Mart. ¡Al campo!
Amad. ¡Al campo!
Agap. ¿Quién me socorre? ¡Ah, caribes!

ESCENA X

DON AMADEO, DON AGAPITO,
DON MARTÍN, DON TIMOTEO,
JULIANA

(*Don Martín y don Amadeo sueltan á don
Agapito. — Juliana trae luces.*)
Tim. ¿Qué es esto?
Jul. ¿Qué es esto?
Amad. Nada
Tim. Esos gritos...
Mart. Una broma.
Agap. Pero broma muy pesada.
Mart. ¿Se pica usted, camarada?
Pues con su pan se lo coma.
Tim. ¿Picarse? ¡Qué disparate! —
Pero al oír tal debate
Yo pensaba, por mi abuelo,
Que se trataba de un duelo,
Ó desafío, ó combate.
Mart. ¡Qué! No, señor. Le hemos dicho
Que deje de pretender
Á Marcela.
Tim. ¡Buen capricho!
Mart. Porque ella es mucha mujer
Para semejante bicho.
Agap. ¿No ve usted cómo me insultan?

Yo lo sufro...
Amad. Por desidia.
Agap. Mas si antes no me sepultan,
Marcela... En vano lo ocultan:
Se están muriendo de envidia.
Tim. ¡Silencio! Amigos ahora;
Luego más tarde, después...
Jul. Fuego de amor los devora;
Mas ya vendrá mi señora,
Y escogerá entre los tres. —
Oiga usted, don Amadeo.
(*Se lo lleva á un lado, y hablan aparte.*
*Lo mismo hace don Timoteo con don
Martín.*)
Hablé por usted á mi ama.
De usted será. Así lo creo.
Amad. ¡Fausto amor! ¡Dichosa llama...
Mas ¡ay! te engaña el deseo.
Tim. Usted va á rendir el muro.
Mart. ¿Será mía?
Tim. Lo aseguro...
Mart. ¿Si vale usted un tesoro!
Tim. Lo afirmo y lo corroboro,
Y lo sostengo, y lo juro.
Agap. ¡Cuánto tarda! Me impaciente.
¡Oh! Con tisis, ó sin tisis,
Ya se verá... Pasos siento.
Jul. Ya está aquí.
Tim. Llegó el momento
Decisivo; esto es, la crisis.

ESCENA XI

DON TIMOTEO, DON MARTÍN,
JULIANA, MARCELA,
DON AGAPITO, DON AMADEO

Tim. Bien venida.
Amad. ¡(Oh dulce vista!)
Marc. Caballeros, buenas noches.
Tim. Aquí tienes tres amantes;
Ó bien, tres adoradores,
Que solicitan, pretenden,
Anhelan ser tus consortes.
Todos tienen buenas prendas,
Ó cualidades, ó dotes;
Y es fuerza que alguno de ellos
Tu preciosa mano logre.
¿Á cuál de los tres eliges?
¿Á cuál de los tres escoges?
Marc. Declarados ya los tres,
El triste deber me imponen
Mi amistad, mi honor, mi estado
De decir á estos señores
Libremente mi sentir;
Y pues el poder del hombre,
Como ha dicho alguno de ellos,
No manda de los corazones,

Yo espero que sin rencor
 Á mi fallo se conformen.
Agap. Lo prometo.
Mart. Y yo también.
Amad. Y yo.
Marc. Tres declaraciones
 He recibido esta tarde
 Que me colman de favores.
 Ahora bien; responderé
 Á todos tres por su orden. —
 Don Agapito...

Agap. ¡Ay Marcela!
 (Sólo á mí me corresponde.
 Sus ojos lo están diciendo.)
Marc. Aunque me sobran razones
 Para quejarme de usted,
 Pues no sé cuándo, ni dónde
 Le he dado yo fundamento
 Para que tanto blasone
 De mi soñado cariño...

Agap. Señora..., yo...
Mart. Aquí se oye
 Y se calla.

Marc. La indulgencia
 Ha sido siempre mi norte;
 Y mal puedo yo evitar
 Que usted viva de ilusiones.
 Le perdono su osadía.
 Por lo que hace á sus amores,
 Los agradezco en el alma,
 Siquiera por los bombones
 Que me regaló esta tarde;
 Mas le ruego no se enoje
 Si digo que para usted
 Mi corazón es de bronce.

Agap. ¡Qué escucho!
Marc. No hay que afligirse.

Siendo tanto los primeros
 De esos pies y de esas manos,
 Mujeres hay, más de doce,
 Á las cuales un marido
 Como usted, vendrá de molde,
 Ya que yo no haga justicia
 Á un mérito tan enorme.
 Pero le daré un consejo
 Siempre que á mal no lo tome.
 Si usted pretende, hijo mío,
 Ser venturoso en amores,
 Déjese de caramelos,
 Robustezca sus pulmones,
 Emancipe su cintura
 Del corsé que se la come,
 Déjese de figurines,
 Déjese de rigodones;
 Que el hombre ante todas cosas
 Está obligado á ser hombre.

Agap. ¡Usted también! Vive Dios,
 Que ya no hay paciencia...

Tim. ¡Pobre
 Don Agapito! Si usted
 Consiente en que yo le adobe,
 Le cure, le restablezca,
 Desencanije y entone...
Agap. Déjeme usted, que estoy hecho
 Un tigre, un rinoceronte.
 ¡Á mí tal desaire! ¡A mí!...
 Estoy echando los bofes
 De cólera y de... ¿Qué digo?
 Eso quieren; que me amosque,
 Y me desespere, y... No;
 Que hay hermosuras mayores
 Muertas por mí. — Sí, señora;
 Y porque usted me abochorne
 No dejaré yo de ser
 La delicia de la corte.

ESCENA VII

MARCELA, DON AMADEO,
 DON MARTÍN, DON TIMOTEO,
 JULIANA

Jul. (Ese va ya despachado.)
Tim. ¡Qué estúpido es ese joven,
 Qué mentecato, qué necio,
 Y qué estólido, y qué torpe!
 No; pues como no se enmiende,
 Ó se corrija, ó reforme,
 Le anuncio, le pronostico,
 Le presagio mil sofiones;
 ¡Oh! y exequias prematuras,
 Anticipadas, precoces.
Mart. Con que ¿á quién le toca ahora?
Amad. (Yo tiemblo como el azogue.)
Marc. Al señor don Amadeo. —

Sentiré que le incomode
 Mi franqueza. Yo le estimo
 Como á un hermano. Son nobles
 Sus sentimientos; su trato
 El más ameno; es muy dócil,
 Muy fino, muy consecuente
 Y me faltan expresiones
 Para ensalzar su talento;
 Mas, por mucho que me honre
 Con su mano, nuestros gustos,
 Nuestros genios son discordes.
 Él es serio, reflexivo,
 Taciturno; y yo, señores,
 Viva, alegre, bulliciosa.
 Además, aunque él me adore,
 Jamás podré conseguir
 Que á las musas abandone...
 Y tendré celos de Erato,
 De Talía y de Caliope.
 Mas ya que el hado no quiere

ESCENA ÚLTIMA

MARCELA, DON TIMOTEO,
 DON MARTÍN, JULIANA

Marc. Don Martín, ¿lloro ó me río?
 Porque á la verdad yo dudo
 Lo que debo hacer.

Mart.
 Es lo mejor.

Tim. ¡Qué ex abrupto,
 Qué descarga, que andanada,
 Qué tempestad, qué diluvio
 De quejas y de clamores,
 De lágrimas y de insultos!

Marc. Pero ¿habrá perdido el juicio?
Mart. ¿Cómo, si nunca lo tuvo?

Ya ve usted; poeta... Pero
 No hay cuidado: ese es un flujo
 De palabras. El morir se
 De amores ya no está en uso.

Tim. Ea, vamos; ya está visto
 Que es tu novio, ó tu futuro,
 Don Martín.

Jul. (¡Pobre poeta!)
Tim. Aplauzo, celebro mucho,
 Tu buena elección, tu acierto;
 Quiero decir, tu buen gusto.

Mart. Si merezco tanta gloria
 No habrá, señora, en el mundo
 Quien no envidie...

Marc. Usted perdone,
 Don Martín, si le interrumpo.
 Confiese usted que no tiene
 Todavía muy maduros
 Los cascos para marido.
 Aun no está usted muy seguro
 De quererme solo á mí.
 Aun están muy en tumulto
 Esa pasión; y yo,
 Que no fui con mi difunto
 Muy dichosa, antes que humille
 Otra vez mi frente al yugo
 Lo miraré muy despacio.
 Palabras que como el humo
 Se disipan nada prueban,
 Y á quien cumplió cinco lustros,
 Don Martín, no se deslumbra
 Con amorosos arrullos.
 Aunque un poco atolondrado,
 Usted, no lo dificulto,
 Sería muy buen marido;
 Mas dice un refrán del vulgo
 Que lo mejor de los dados
 Es no jugarlos.

Mart. ¡Me luzco
 Como hay Dios!

Que esposo mío le nombre,
 Más tierna amiga que yo
 No ha de hallar en todo el orbe.

Amad. ¿Amiga? ¡Qué profieres!
 (Muy exaltado.)

¿Merece mi cariño tanto agravio?
 ¡Ah! Rompa ya mi labio,
 Rompa el silencio, pues mi muerte

[quieres. —

¡Oh tú, la más cruel de las mujeres!
 ¡Oh tú, cuyos hechizos
 Por mi destino aciago
 Adoro á mi despecho!
 ¿Sólo me ofreces de mi amor en pago
 Yerta amistad? Arráncame del pecho
 En donde está grabada,
 Arráncame primero, ingrata, impía,
 Tu imagen adorada, —
 ¡Ay! Mal que pese á tu desdén infausto,
 Cuando al dolor sucumba,
 Y pronto en mi holocausto,
 Conmigo aquí á la tumba

(Con la mano en el corazón.)

Descenderás ¡oh linda entre las lindas,
 Y oh fiera entre las fieras la más fiera!
 La amistad apacible
 Con que tú ahora ¡pérfida! me brindas
 Tal vez se cambia en amorosa hoguera;
 Mas ¿dónde el insensible,
 Dónde está el corazón cobarde, helado,
 Que á la amistad descende
 Cuando en llama voraz Amor la en-

[ciende? —

No, no. Sé mi enemiga,
 Pues no merece el mísero Amadeo
 Á par de ti ceñirse en los altares
 La plácida corona de Himeneo.
 En tanto mis pesares
 Lejos de ti llorando, en la ribera
 Del lento Manzanares,
 Yo con voz lastimera
 Á los vientos daré tristes cantares.
 ¡Adiós!

Marc. Pero oiga usted...

Amad. No. Ya es en vano.

Mart. ¡Primo!...

Tim. ¡Raras manías!

Mire usted, considere, reflexione
 Que como no abandone...

Amad. ¿Ya va usted á ensartar sus pro-

[fecías?

Cállese usted, y el diablo se le lleve. —

¡Adiós, mujer aleve!

¡Adiós por siempre! ¡Adiós! Nuevo Macías
 Víctima moriré de tus rigores.

En tiernas elegías

Cantad, hijos de Apolo, mis amores,

Y en mi huesa llorad, ¡llorad, pastores!

Tim. Pero, sobrina...

Mart. Con que ¿tampoco hay indulto Para mí?

Marc. Perdona usted.
No es vanidad, no; lo juro,
La causa de este desvío
Con que á tres novios renunció;
Pero amo mi libertad
Y en ella mi dicha fundo.
No aborrezco yo á los hombres
Aunque severa los juzgo.
Confieso que para amigos
Son excelentes algunos;
Para amantes, casi todos;
Para esposos... ¡abrenuncio!
Mi sexo me inclina á ellos;
Mi razón toma otro rumbo.
No se al fin quién vencerá,
Porque yo no soy de estuco.
Entretanto ni desprecio
Á los hombres, ni los busco.
Buenas palabras á todos;
Mi corazón..., á ninguno.

Mart. Esa franqueza me encanta;
Y sería un necio, un bruto
Si, ya que aspirar no puedo,
Aunque de amor me consumo,
Á una mano tan preciosa,
No cifrase yo mi orgullo
En elogiar á Marcela
Y en llamarme esclavo suyo.

Jul. Con que ¿no se casa usted?

Tim. ¿He de bajar yo al sepulcro
Sin el consuelo, el alivio,
El gusto, el placer...?

Marc. Presumo
Que así será.

Tim. Mas ¿por qué,
Por qué, mujer? Yo me aburro.

Marc. Boda quiere la soltera

Por gozar de libertad,
Y mayor cautividad
Con un marido le espera.
En todo estado y esfera
La mujer es desgraciada;
Sólo es menos desdichada
Cuando es viuda independiente,
Sin marido ni pariente
Á quien viva sojuzgada.

Quiero pues mi juventud
Libre y tranquila gozar;
Pues me quiso el cielo dar
Plata, alegría y salud.
Si pelagra mi virtud
Venceré mi antipatía,
Mas mientras llega ese día
¿Yo marido? Ni pintado,
Porque el gato escarmentado
Huye hasta del agua fría.

Los humanos corazones
Ya á mi costa conocí.
Pocos me querrán por mí;
Cualquiera por mis doblones.
Celibatos camastrones,

Buscad muchachas solteras,
Que muchas hay casaderas.
Dejadme á mí con mi luto.
Paguen ellas su tributo :
Yo ya lo pagué; y de veras.

No perturbéis mi reposo.
Hombres, yo os amo en extremo;

Pero, á la verdad, os temo
Como la oveja al raposo.
Este es necio; aquel celoso;
Avaro y altivo el uno;
Otro infiel; otro importuno;
Otro...

Mart. ¿Está usted dada al diablo?

Marc. No hay que ofenderse. Yo hablo
Con todos y con ninguno.

ELENA

DRAMA EN CINCO ACTOS

REPRESENTADO POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE EL DÍA 23 DE OCTUBRE
DE 1834 (1)

PERSONAS

ELENA.
VICTORINA.
BLASA.
DOÑA CASILDA.
DON GERARDO.
EL MARQUÉS.
GINÉS.
EL CONDE.
REJÓN.

TORMENTA.
PANCHE.
PASCUAL.
UN PINTOR.
UN MÚSICO.
DON TADEO.
UN CARRETERO.
LADRONES.
CRIADOS.

El primer acto pasa en Utrera; segundo y tercero en Sevilla; cuarto en un despoblado; y quinto en una cabaña á las inmediaciones de Écija.

ACTO PRIMERO

Sala en casa de don Gerardo.

Me avergüenza; ya me canso
De gemir, de suplicar...
Mi esposa ha de ser Elena :
Lo he jurado : lo será.
¡Ay desdichada mujer
Si es ingrata á mi bondad!

ESCENA PRIMERA

DON GERARDO

Ya no hay freno á mi pasión;
Ya tanta debilidad

ESCENA II

DON GERARDO, GINÉS

Ginés. Señor...

Ger.

¿Qué hace mi sobrina?

(1) Con este drama hizo el autor su primer ensayo en un género harto distinto del que habitualmente ha cultivado. Sus amigos le instaban á dar alguna muestra de su poca ó mucha capacidad para crear situaciones de grande interés y pintar afectos y caracteres de aquellos que no caben en la comedia propiamente así llamada. El moderno romanticismo estaba en su mayor auge, y era difícil que temprano ó tarde dejase de llevar también alguna ofrenda á las aras del idolo nuevo. Procuró sin embargo no convertir su culto, quizá no muy voluntario, en fanática superstición. Como desempeñó esta tarea, objeto entonces de agrias censuras por una parte y excesivos elogios por otra, júzguelo el lector. Sólo dirá, y creo que esta colección lo va demostrando, que no ha sido su musa tan uniforme y sistemática como lo han pretendido los que le han juzgado sin suficiente conocimiento de causa. Bien es verdad que no es esto muy de extrañar habiendo transcurrido más de un cuarto de siglo desde que apareció su primera obra dramática, y en tiempos los más azarosos y turbulentos que